

**FALLECIMIENTO DE MARIA LUISA FERNÁNDEZ MORENO
“LA MARI”**

**El domingo 11 de febrero, día de la Virgen de Lourdes,
falleció María Luisa Fernández Moreno.**

María Luisa era conocida por nosotros como La Mari (con artículo, como siempre la llamaba nuestro querido Adolfo Chércoles y los suyos). Para nuestra Asociación La Mari fue y sigue siendo una persona muy querida y especialmente valiosa por su relevante y decisivo papel en la redacción de la actual versión de los Apuntes de Adolfo Chércoles para el acompañamiento de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio en la vida corriente. Estos apuntes son los que todos, o la inmensa mayoría, de los miembros de la Asociación utilizamos en el acompañamiento de quienes han realizado y realizan en la actualidad los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Adolfo Chércoles escribía en la breve historia de la Asociación:

1990. María Luisa Fernández Moreno, una gitana a la que llevaba acompañando dos años en EE y sólo habíamos llegado al segundo ejercicio de 1ª Semana, me confiesa que los apuntes que yo le entregaba "no servían para nada: son palabras muy técnicas. Pero me sirve lo que hablamos. Yo no sé en quién estabas pensando cuando escribiste esto. Hay que hacer otros apuntes." Tardamos más de dos años en hacer la nueva versión. En ella se pretendió utilizar un lenguaje más asequible y sobre todo haciendo referencias y elaborando esquemas para que la persona no se perdiese en el proceso e incorporase el método. Esta segunda versión es la que de hecho se ha traducido al francés y al portugués.

Gracias a La Mari contamos con una redacción sencilla que llega a todo el que realiza los EE con estos apuntes.

A continuación se incluyen los textos de la Eucaristía, la Homilía escrita por Adolfo Chércoles SJ y leída por Diego Molina SJ, los textos y homilía de Adolfo Chércoles a los ocho días del fallecimiento de Mari y, finalmente, una carta de agradecimiento de Teodoro Galache Laza, Presidente de la Asociación.

FUNERAL DE LA MARI

Lecturas

1ª lectura: I Cor 15,12-20

Si se anuncia que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección? Pues bien: si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que ha resucitado a Cristo a quien no ha resucitado si es que los muertos no resucitan. Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y, si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido; seguid estando en vuestros pecados; de modo que incluso los que

murieron en Cristo han perecido. Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto.

Salmo 23:

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

Evangelio: Mt 5,1-10:

Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

HOMILÍA

¡GRACIAS MARI!

Os extrañará que no hable yo en esta Misa en la que despedimos el cuerpo tan frágil de Mari, pero en la que tenemos presente el regalo que para todos ha supuesto haberla conocido. El motivo de no hablar yo, ya lo predijo ella misma. En uno de los graves brotes de su enfermedad, hace cosa así de 20 años, un día hablando conmigo me dijo lo siguiente: “*Adolfo, si me muero, no digas tú la Misa, porque lo vas a pasar muy mal.*”

Como en tantas otras cosas, tenía razón, y si intentase personalmente compartir con vosotros el regalo que ha supuesto, no sólo para mí, sino todos los aquí presentes, no sólo lo pasaría yo mal, sino todos vosotros al no poder contener las lágrimas, no precisamente de tristeza, sino de agradecimiento de haberla conocido.

Dado que el tiempo de que disponemos no es mucho, voy a intentar comentar con vosotros lo que todos sabemos de Mari. Digo que todos lo sabemos, porque nunca iba con tapujos, sino que te soltaba lo que tenía que decirte con toda su crudeza y siempre por tu bien, y nunca teníamos palabras para negar lo que nos decía. Era muy clara, yo diría, muy limpia. Nunca pretendía quedar bien, sino abrir los ojos y ayudar al que tenía delante, diciéndolo, a veces, con esa energía que tenía en todas las cosas, pero que, aunque nos doliese, muy pronto había que reconocer tenía razón, si usábamos la cabeza.

Quiero fijarme en tres cualidades que tuvo: una gran inteligencia, un gran corazón, y una fuerza –ánimo- que ha hecho que una enfermedad tan grave como la suya no se la haya llevado antes.

- **Una gran inteligencia.** ‘Estudios’ no los tuvo –ni los echaba de menos- pero posiblemente sea la inteligencia más despierta que haya conocido. En efecto, somos inteligentes porque somos capaces de ‘hacernos cargo de la realidad’, no por lo que ‘se dice’, sino por lo que uno ve que ‘merece la pena’ o que ‘no está bien’. Esta capacidad la tenemos todos. Otra cosa es que la usemos, y ella lo hacía. Y lo hacía porque era **libre** y tenía una gran **personalidad**. Poco le importaba lo que los demás dijese, si ella tenía claro algo, lo defendía sin complejos, o mejor dicho, lo vivía. Ella me ha descubierto que, en efecto, la inteligencia no depende de que hayas estudiado mucho, sino de que la uses. A veces personas con ‘muchos estudios’ no pasan de ‘discos duros’, pero ellos no son capaces de dar respuestas ‘con cabeza’ a lo que la vida les pone por delante. Y aquí aludiría a un mote que le pusisteis muy pronto –todos los hermanos os habéis puesto motes-, y que algunos seguís usando: el de ‘Monja’. Nunca vi que lo rechazase o se defendiese, pero ella seguía viviendo lo que para ella había supuesto una experiencia que no podía negar.
- **Un gran corazón.** En todas las dificultades que tuvo que superar, y no me refiero a la enfermedad, nunca le dejaron amargura y menos rencor. Siempre procuró pensar en hacer bien al otro –a veces con palabras duras y claras-, pero nunca con revanchas. No ‘guardaba’ nada, al contrario, volvía a intentar hacer bien a la persona, aunque en ese momento el otro no entendiese sus ‘razones’, pero su firmeza y su verdad se imponían a la larga. Hoy pretendemos quedar bien por encima de todo, pero ella tenía muy claro que no se puede engañar a la persona que quieres, aunque en ese momento no lo entienda. Por eso digo que tenía un ‘gran corazón’ que siempre apuntaban a un final que era lo mejor, aunque, posiblemente, nadie lo veía. Y es que ese ‘corazón’ lo dirigía una inteligencia poco común, como antes dije.
- Y una **gran fuerza –ánimo-** que sobre todo tuvo frente a su enfermedad. Recuerdo cuando la operación de la pierna, para curarla tenían que darle anestesia total, porque no hubiese resistido el dolor. Pues bien, más o menos al mes y medio decidieron curarla ya sin anestesia. Yo llegué al hospital después de comer, y la cura había sido antes de la comida. Al entrar en la habitación me dice: *“Adolfo, me he visto la pierna. La enfermera me dijo que no me la mirase, pero yo le dije ‘si es mi pierna, por qué no voy a vérmela’”*. “Y qué” –le pregunté-. *“Adolfo, me entra el puño en lo que me falta de carne”*. Y creo que todos los que estamos aquí vimos esa pierna. ¡Que una muchacha, de unos 27 años que tendría en aquel momento, te comente una realidad tan dura con esa fortaleza! Esta capacidad de afrontar lo que se le pusiese por delante es lo que ella decía que más tenía que agradecer a san Ignacio de Loyola que le había

enseñado que ‘en tiempo de dificultades, nunca arrugarse’. ¡Y lo vivió! Esta mujer no tuvo ni una idea: todo fue **vida**.

Y no quiero dejar de deciros lo más importante que me ha dado. Ella, en un encuentro en un pueblo de Madrid (Collado Mediano) en el que compartimos las Bienaventuranzas –el Evangelio que hemos leído- tuvo una experiencia de Dios que nunca se le olvidó. A raíz de este momento quiso hacer los Ejercicios Espirituales que yo daba. A los dos años apenas habíamos avanzado. Estábamos en Benarrabá, un pueblo de la serranía de Ronda, María Armada, ella y yo solos. Habíamos quedado en vernos a las diez de la mañana, y al llegar yo me dice: “*Adolfo, esto no sirve para nada. ¿En quién estabas pensando cuando escribiste esto?*” “*Pues mira, en ti no pensaba, sino...*”, le contesté -y le dije quienes eran-. “*Pues servirá para ellos, pero son palabras muy técnicas. Pero sirve lo que hablamos. ¡Hay que hacer otros apuntes!*” De las cosas más importantes que me han ocurrido en mi vida. Que una persona te diga que aquello que tú has hecho no sirve, pero se ofrezca para hacerlo mejor es un privilegio que no todos tienen, y yo lo he tenido. Tardamos dos años y medio en hacerlos, y eso ha motivado que personas de fuera hayan estado aquí al enterarse de su muerte, y otras que no les ha sido posible venir. ¡Gracias, Mari, en nombre de todos!

Pero hemos leído dos textos para despedir su cuerpo, porque su persona y lo que nos ha dejado sigue entre nosotros. En el primero nos dice san Pablo que “*Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe.*” En esta noche que pasé junto ella acariciando su mano viví muchas cosas. La primera, una frase que me dijo en otro momento duro de su vida -hace unos veinte años, en que estaba quejándose a Dios de sus dolores-. Yo estaba al lado en silencio, y como ella había hecho las Bienaventuranzas, se me ocurrió comentarle: “*Te pasa a ti lo que a Jesús, que estaba en la oración en el huerto hecho un lío sin entender nada*”, y me contestó: “***Pues ya somos dos***”. Esta respuesta nunca se me ha olvidado, pero esta noche me golpeaba. Siempre podremos decir los cristianos, pasemos por lo que pasemos –y hay una cosa cierta que es la muerte- que no podamos repetir hablando con Dios que ‘**Ya somos dos**’. Ella estaba muriendo como Jesús en la cruz. ¡No estaba sola!

La otra cosa que me venía a la mente era la frase de san Pablo. Una vida penosa con todo lo que ha sufrido, pero que ha dejado tanto a su alrededor, si tenemos el valor de usar nuestra inteligencia –cosa que no siempre nos atrevemos-, no puede tener punto final, porque empieza lo que ha vivido y recoge todo lo que ha sembrado. Mari, está ya con el Señor. Ahora ha llegado a la experiencia que ella nunca olvidó y desde allí nos va a seguir ayudando.

El otro texto que hemos leído, las **Bienaventuranzas**, que tantas veces he dado y que ella sale por lo menos en dos ocasiones, es algo que sin saberlo ha vivido:

- **Bienaventurados los pobres de espíritu**: la de veces que ha aludido a su infancia, con tantas carencias, teniéndose que hacer cargo de sus hermanos desde muy pequeña, lo que le sirvió para afrontar las dificultades;
- **Bienaventurados los mansos**: nunca devolvió mal por mal;
- **Bienaventurados los que lloran**: su sufrimiento, nunca la encerró en sí misma, sino la sensibilizó al sufrimiento de los que se le acercaban;
- **Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia**: sus ilusiones las puso no en sus caprichos, sino en el deseo de ayudar y hacer el bien a los demás;

- **Bienaventurados los misericordiosos:** se aprovechó de sus fallos para ayudarnos a los demás en los nuestros. Nunca se consideró la mejor, pero nunca tiró la toalla, sino aprendió de ellos;
- **Bienaventurados los limpios de corazón:** nunca se justificó, aparentó o engañó a nadie, sino siempre fue sincera y leal con todos;
- **Bienaventurados los que hacen la paz:** su única preocupación era buscar la unión de los que la rodeaban. Le dolía como nada el que no supiésemos perdonarnos y empezar de nuevo;
- **Bienaventurados los perseguidos a causa de la justicia:** no le preocupó lo que pensasen o dijese de ella: sabía que su ‘dignidad’ estaba en sus manos, no en las de los demás.

Por todo esto, y tantas cosas más, **gracias Mari**. Que sepamos aprovecharlo y ‘no lo tiremos a la papelera’. **Tú échanos una mano, pues ya estás con el Señor.**

MISA A LOS OCHO DÍAS

Lecturas

1ª lectura: I Samuel 3,1-10

El joven Samuel servía al Señor al lado de Elí. En aquellos días era rara la palabra del Señor y no eran frecuentes las visiones. Un día Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos habían comenzado a debilitarse y no podía ver. La lámpara de Dios aún no se había apagado y Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. Entonces el Señor llamó a Samuel. Este respondió: «Aquí estoy». Corrió a donde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado. Vuelve a acostarte». Fue y se acostó. El Señor volvió a llamar a Samuel. Se levantó Samuel, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte». Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado la palabra del Señor. El Señor llamó a Samuel por tercera vez. Se levantó, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Comprendió entonces Elí que era el Señor el que llamaba al joven. Y dijo a Samuel: «Ve a acostarte. Y si te llama de nuevo dí: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”». Samuel fue a acostarse en su sitio. El Señor se presentó y llamó como las veces anteriores: «Samuel, Samuel». Respondió Samuel: «Habla, que tu siervo escucha».

Salmo 139 (Versión de la Mari)

Señor, tú me buscas en lo más hondo.

*Padre de todos y de todas las cosas,
Tú me buscas en lo más hondo,
Sabes todo de mis pensamientos,
Los conoces bien y por dónde ando.*

Señor, tú me buscas en lo más hondo.

Hay cosas que yo todavía no conozco,

*Pero tú, poco a poco, me las enseñas,
Me agobias, pero nunca me dejas de tu mano.*

Señor, tú me buscas en lo más hondo.

*¿Qué haría yo lejos de ti, si no creyera en ti?
¿A dónde podré ir que tú no estés?
Porque en todas partes estás.*

Señor, tú me buscas en lo más hondo.

Segunda lectura: Mt 25,31-40

«Cuando venga el Hijo del hombre, y todos sus ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme”. Entonces los justos de contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”. Y el rey les dirá: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”...»

HOMILÍA

¡GRACIAS MARI!

Al comienzo de su enfermedad, todos creíamos que iba a dejarnos muy pronto. Pero empezó a no tener ‘brotes’, y en los últimos años, yo estaba convencido que me moría antes que ella, dada mi edad. Sin embargo no ha sido así. Esto quiere decir que me siento con la obligación de compartir con vosotros el regalo del Señor que ha supuesto su vida para todos los que la hemos rodeado. Al haber estado cerca de ella desde el año 88, me siento obligado a dar a conocer lo que ha compartido conmigo.

Cuando la ingresamos en el hospital el día 1 de enero, que casi directamente entró en la UVI, después de haber pasado de dos en dos, la Custo que fue de las últimas que entró, me dice al salir: “Adolfo, dice que vuelvas”. Volví y es que estaba despidiéndose: “Adolfo, gracias por haber querido ser amigo mío”. La Custo sabe cómo salí. Pues bien, este privilegio de haber querido ella también ser mi amiga, me obliga a compartir algunas de las cosas más importantes que me comunicó.

En ese sentido me siento un privilegiado, pues nunca quiso lucirse -como nos descuidemos vamos por la vida chuleándonos-, y difícilmente compartía con todo el mundo temas que para ella estaban en lo más ‘hondo’, nos ha dicho en el salmo. Nunca

quiso figurar ni darse importancia. Cuando terminamos los apuntes de los Ejercicios le dije que tenía que aparecer su nombre y se negó con la energía que todos conocemos. Pues quiero comentaros algunas de estas cosas desconocidas, pero que sin duda, han sido las más importantes en su vida.

En la Misa del entierro, hablando de su gran personalidad comenté: “ella seguía viviendo lo que para ella había supuesto una experiencia que no podía negar”. Es lo que quiero compartir con vosotros. Para ello hemos leído un texto del Antiguo Testamento y otro del Evangelio, lo mismo que el salmo 139 que ella se aplicó a sí misma y que nos descubre su experiencia de Dios.

En efecto, hemos leído la llamada del Señor a Samuel. Pero dice la Biblia: “*En aquellos días era rara la palabra del Señor y no eran frecuentes las visiones*”, igual que ahora, podemos decir. Pero después comenta: “*Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado la palabra del Señor*”. Lo mismo que a ella y a mí. Pero la experiencia que me contó en Collado Mediano, entre sorpresa y susto, ha sido algo decisivo en su vida. Siempre que en nuestra conversación salía aquello que vivió, lo contaba como la primera vez. Yo le pedí varias veces que por qué no lo escribía, pero nunca lo conseguí. Lo que si es verdad es que aquello no fue un ‘sueño’, sino una experiencia que sólo Dios puede provocar y, sabemos que es de Dios, en que la fue cambiando. Pero no sólo cambió, sino algo más difícil: que soportó una vida que a todos nos espantaba. Aquella ‘fuerza’ no eran sólo ‘cojones’, sino algo que le hacía no tirar la toalla cuando estaba a punto de hacerlo. ¡Cuántas, veces al volver de fuera, en la Misa que teníamos todos los días, daba gracias a Dios porque le daba fuerzas cuando ella creía que ya no le quedaban!: “*Y sin saber cómo, Adolfo, me da fuerzas*”.

Su vida ha sido un milagro constante, porque una situación tan dura como la suya, y que veía que iba a peor, no la hundió. Por eso, cuando en el hospital me repetía: “Adolfo, es que ya no puedo, no tengo fuerzas”, empecé a comprender que el Señor quería ya llevársela. Y digo que su vida fue un milagro, porque todos experimentábamos, cuando íbamos a verla, que pasábamos un rato agradable. Me acuerdo, cuando estando yo con ella llegaban sus padres –que en más de una ocasión coincidimos- lo primero que decía: “*Tráele una cerveza al papa*”. Siempre procuraba que lo pasásemos bien con ella, pero sin engañarnos. Si tenía que decirnos cuatro verdades, lo hacía, y no pasaba nada, ni guardaba rencor.

Pero la señal más clara de que había sido Dios el que se le comunicó, es en que la llevó a estar pendiente de todos los que la han rodeado. Dice san Juan: “*Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve*”. (I Jn 4,20) ¿Quién de los que estamos aquí no tiene que agradecer algo a la Mari? Y, ¡atención!, que lo que siempre buscó es ayudar en lo que necesitaba el que tenía delante, no en darle la razón en un capricho y, menos aún, engañarlo ‘riéndole la gracia’. ¡Cuántas veces, cosas que ella nos planteaba, en el momento nos molestaban, pero después veíamos que era lo mejor para nosotros!

Y voy a compartir lo primero que me sorprendió en ella. Estábamos vendimiando en Villarta e íbamos de ‘espuerta’. Ella tenía entonces 17 años. Los de al lado comentaron en un momento: “*Pues ése será muy ‘honrao’, pero no es bueno*”. Yo le pregunté: “*Y eso qué quiere decir*”, y me respondió: “*Pues eso, que será muy ‘honrao’, pero que no es bueno*”. Seguí insistiendo y me dice: “*Hombre, Adolfo. Ser ‘honrao’ es no robar, no*

matar... todas esas cosas, pero ser bueno es ayudar a los demás". Y esto es lo que ella ha hecho a lo largo de su vida desde una debilidad total.

No quiero pasar a lo siguiente, sin contar algo que ella repetía y que le daba mucha importancia: su abuela la Custodia. Ella me contaba que fue su abuela la que le enseñó por la noche a 'hablar con Dios'. Después ella repetía que era por la noche cuando le era más fácil hablar con Dios.

Pero el trozo del Evangelio que hemos leído nos dice que se nos va a preguntar cómo hemos respondido a las necesidades del que tenemos delante: si tiene hambre, sed, está enfermo... Y lo curioso es que si lo hacemos correctamente, Dios lo considera como si se lo hubiésemos hecho a Él. Y eso, aunque ni lo hubiésemos pensado.

¡Cuántas veces le oí decir: «Dios nos lo encontramos en los demás»! Y esto lo vivió hasta el final. Cómo nos sorprendía a todos, tan grave ya en el hospital, cómo estaba pendiente de todos los detalles para agradar a los que le rodeaban. ¡La tarta a su madre!, el día antes de morir...

Ha hecho la vida más agradable –no más caprichosa- a todos los que la rodeamos. Esto nadie puede negarlo. Pero ahí no puede quedar nuestro recuerdo. Su gran satisfacción será ver que su vida nos dice algo y nos va cambiando o, por lo menos, empieza por ponernos colorados. Que esta vida –tan dura- haya merecido la pena a ella y a todos los que estuvimos a su lado, no puede caer en saco roto. Tiene que animarnos a ser mejores, y seremos mejores si ayudamos a los demás, si estamos pendientes de ellos.

Estamos recordándola en la Misa. ¿Y qué es la Misa? Recordar la muerte-resurrección de Jesús. Pero no es sólo recordar, sino que tenemos que hacerlo 'en recuerdo suyo'. ¿Qué quiere decir esto? Que todo esto que tenemos que agradecer de ella no quede solo en la memoria sino que lo vivamos nosotros. Que comprobemos que es mucho mejor ir así por la vida, que encerrados en nuestros caprichos y manías. Así terminamos amargados y amargamos a los demás. Que ella vea que lo que ella ha vivido de una forma tan sorprendente, intentamos hacerlo los que estamos todavía en esta vida. Que nos haga mejores.

Y he dicho: "Que ella vea", porque sigue junto a nosotros. Comentaba con alguien de vosotros cómo ahora no tengo que ir a verla, pensando: "¿Cómo estará hoy? ¿Tendrá dolor de cabeza? ¿Tendrá fiebre?...", sino que la llevo al lado. Puedo contar con ella en cada momento. De verdad que siento su ayuda siempre. Y alguno de los aquí presentes me ha comentado lo mismo. ¡Sigue siendo nuestra amiga!

Pues, gracias, Señor, por el regalo que nos has hecho con su vida, pero que no quede en un recuerdo triste, sino en una tarea para que su vida la continuemos nosotros...

Adolfo Chércoles SJ

CARTA DE TEODORO GALACHE LAZA

Presidente de Acheesil

¡¡GRACIAS MARI!!
(María Luisa Fernández)

Queridos socios de Acheesil:

Aunque esta carta la firme como Presidente de Acheesil, lo que me sale compartir con vosotros es desde lo más hondo de mí. El dolor que todos compartimos por la pérdida de nuestra querida Mari se queda pequeño con las “Gracias” recibidas a través suya.

En este sentido, lo primero que me sale es darle las gracias a nuestro querido Adolfo. Con esa sensibilidad tan despierta que él tiene, pronto descubrió en Mari un tesoro, esa “perla” de la que habla el Evangelio, pero no lo quiso “guardar para él”, lo ha compartido con todos sus amigos. Además, en ella Adolfo se encontró con la comunión de “sus dos mundos”, el de los gitanos, con los que ha compartido años de vendimias y ladrillos, vivienda y barriadas, miseria y risas,... ¡¡camino y sabiduría!!, y el de nuestro querido Ignacio de Loyola y sus Ejercicios Espirituales.

Y de aquí surge la primera “Gracia” recibida. Todos sabemos que el principal tesoro de esta Asociación son los “Apuntes de la Mari”. Gracias a ella y a Adolfo se hace posible que la experiencia de los Ejercicios de San Ignacio pueda llegar a cualquier tipo de persona, con independencia de su formación, y muy especialmente a la gente más sencilla, la que más “abajo” está. Recuerdo con emoción la comunicación epistolar que hubo entre la Mari y los presos de la cárcel de Martutene, donde brotaba el común agradecimiento a San Ignacio y sus Ejercicios.

Hay personas que nos vamos encontrando en la vida y que, no sólo no te dejan indiferentes, sino que te dejan huella, un poso que agradeces. Para mí la Mari es una de ellas, nos ha hecho unos regalos muy especiales:

- Aunque su enfermedad le daba “excusas” para quejarse o dar lástima, nunca fue de víctima por la vida. Siempre afrontó su lupus con coraje y valentía. De una manera muy natural, no se ponía nunca por encima o por debajo de ti. Su enfermedad nunca le limitó, siempre tiró “pa’lante”.
- Se relacionaba contigo de una manera muy sana y transparente, con sus limitaciones, incluso a veces utilizando su sentido del humor, sin sentirse acomplejada o minusvalorada, y ese es el mejor espejo que se puede tener, porque te daba a ti la misma oportunidad: ver aquello que no te resulta cómodo de ti mismo con honestidad y no esconderlo ni exhibirlo. ¿Qué mayor amor se puede tener por uno mismo y por los demás que *“sentir y gustar de las cosas internamente”*?
- Mari “no se miraba el ombligo”, en ella siempre había una preocupación por los demás, se acordaba de tus hijos, de tu familia, de los amigos comunes... siempre te preguntaba y “seguía el hilo” de tus preocupaciones.
- Mari siempre vivió en el presente, ni planificaba el futuro ni se anclaba en el pasado. Ella sabía disfrutar de cada momento. Vivió su vida con

realismo y aceptación, pero nunca desde la resignación; ella no “quemó energías ni tiempo”, como nos pasa a muchos de nosotros, en luchar contra la realidad que le había tocado vivir, no ofreció resistencia, ni tampoco huyó ni se evadió... siempre afrontó, aceptó su vida y la disfrutó.

- ... Y todo desde una fe y un amor por Jesucristo que, cuando ella te lo contaba con tanta sencillez, te conmovía, de “dejaba tocao” por dentro.

Gracias Mari: ahora, desde la eternidad que disfrutas junto a nuestro Padre, tu mirada y sonrisa nos seguirán acompañando.

Teo Galache (presidente de Acheesil).